

“LA EXPRESIÓN DE LA MIRADA” (*)

“Por la expresión, EL OJO HABLA, da, enseña; por el sentido estético el ojo ausculta, recibe, aprende. Por la expresión exhala la esencia de lo que está dentro de nosotros; por el sentido estético entra la esencia de lo que está fuera de nosotros. Si la expresión hace ver lo que sentimos, el sentido estético hace sentir lo que vemos”.

Giuseppe Ovio

Es claro y es exacto el pensamiento tan sintética y elegantemente expresado por Giuseppe Ovio.

Nuestro sentido de la vista, el más rico por las sensaciones y percepciones que a través de él recibimos, es al propio tiempo el más sutil, el más delicado y más sincero de cuantos recursos posee el ser humano para exteriorizar lo que guarda en las intimidades de su espíritu.

A través del ojo, o circunscribiendo más, a través del orificio pupilar, que por su inmaterialidad y por su forma, es el símbolo de la nada o si se quiere el cero anatómico, pasa de fuera hacia adentro, de el exterior hacia nuestro interior, el infinito del universo.

El universo sensible e inconmensurable se achica, apretándose en un minúsculo haz luminoso, hasta pasar por la estrecha ventana de la pupila de apenas dos o tres milímetros de diámetro, para luego ensancharse y recobrar sus magnitudes primitivas, en el amplísimo campo de la mente, de la imaginación, del espíritu humano, dando lugar a ideas, imágenes, sentimientos, emociones y pasiones, que en un instante dado vuelven al exterior por los distintos medios de expresión, con que la suprema sabiduría del Creador, dotó a la más perfecta de sus criaturas. El mundo ex-

(*) Este trabajo fué leído y aprobado en la Sección oftalmología del Vº Congreso Nacional de Medicina, retribuyendo así la distinción recibida por su autor al ser designado presidente honorario de dicha sección.

terior y nuestro mundo interno, se tocan en la pupila, como dos inmensos conos, por sus vértices.

Ayudado del sentido muscular, El Tacto puede apreciar formas y magnitudes limitadas, la suavidad de la seda o la aspereza del granito impulido, la dureza del cristal o la blandura de la arcilla, el calor, el frío, el dolor físico, pero es por sí mismo inexpresivo.

Puede El Olfato recoger las emanaciones deletereas y advertirnos del peligro de aspirarlas, o embriagarnos con la esencia de las flores, pero es por sí mismo inexpresivo.

Puede El Gusto rechazar las sustancias de sabores amargos o nauseosos, o admitir con deleite los manjares exquisitos que nos brinda el arte o las frutas naturales, pero es por sí mismo inexpresivo.

Puede El Oído llevarnos hasta el arrobamiento, cuando recibe los sonidos combinados por el arte sublime de la música, pero el oído es por sí mismo inexpresivo.

Todos aquellos preciosos sentidos recogen sensaciones, pero las emociones consiguientes, necesitan de los medios comunes de expresión: palabra, mímica y aún de los ojos mismos, para ser transportadas de nuestro mundo interno al exterior.

Solo el SENTIDO DE LA VISTA — sentido estético — recoge sensaciones y trasunta emociones, en el rayo sutil de LA MIRADA; la mirada como eje central, como punto luminoso, como núcleo inmaterial, alrededor del cual se combinan los signos fisonómicos, provenientes de músculos y de vísceras y aún los mismos signos fonéticos de la palabra hablada.

La expresión oral, no adquiere todo su valor sino va acompañada de la expresión de la mirada. Comparad, sino, el efecto de un discurso pronunciado por un orador de ojos expresivos y el del mismo discurso pronunciado por un ciego, y sin ir tan lejos con el pronunciado por un orador que usa anteojos oscuros o de fuerte refracción. Es que el discurso penetra en el oyente, no solo por el oído, si no también por **los ojos que recojen lo que dicen los ojos del que habla.**

Hasta puede ser sustituida una frase, por una mirada, y en todo caso esta agrega intención y poder sugestivo.



Pero esta significación fisiopsíquica de la mirada, si bien puede apreciarse rudimentariamente en especies inferiores, (justamente porque la mirada es más una expresión psíquica que fisiológica), solo alcanza su más alto grado en la especie humana.

“Probablemente (dice W. Stewart Duke Elder) el hecho más saliente en la evolución del hombre es la sustitución del olfato, como sentido predominante, por la visión. La capacidad de los ojos para asumir este papel, y formar la base de la destreza física y de la **supremacía intelectual** del hombre, depende en gran parte, de la evolución de la visión panorámica en binocular, y de la binocular en estereoscópica”.

Si al asumir el rol de sentido predominante los ojos forman la base de la supremacía intelectual del hombre, evidente resulta el vínculo entre la inteligencia y los ojos, entre la inteligencia y la **mirada, que es el conjunto de fenómenos asociados por medio de los cuales el centro fisiológico retiniano, a lo largo de la línea visiva (Frugieule), se pone en relación con el objeto que tratamos de ver.**

Este conjunto de actos es previo a la **expresión**. Son ellos como las maniobras que preceden a la sintonización. Realizada ésta pasa la onda sensitiva, intelectual o volativa. Es decir se produce la **expresión**.

Primero la mirada y con ella la expresión del sentimiento v. y g, **el flechazo** de Ingenieros.

La mirada, en relación con la inteligencia, adquiere caracteres especiales, según los **actos intelectivos** actuales, tales como **sensaciones, percepciones, imágenes, ideas, juicios, raciocinios**, etc.

La **mirada** está influenciada también por los **fenómenos volitivos**, aunque en menor grado que por los intelectivos. Estos fenómenos volitivos son los movimientos automáticos, los reflejos, los intuitivos, los voluntarios, las deliberaciones, tendencias, determinaciones, mandatos, voliciones, etc.

La **mirada** en fin, más que por los grupos de fenómenos anteriores, está influenciada por los fenómenos **sensitivos o afectivos**, tales como el placer, el dolor, los sentimientos, las emociones, las pasiones, etc.

Todos los fenómenos psíquicos, en resumen, al exteriorizarse, imprimen alguna modificación o característica a la **mirada**,

sobre todo cuando esta es la vía principal que ha seguido el fenómeno psíquico en su exteriorización, v. g. la orden y reproche a la vez, que significa la mirada del maestro dirigida al alumno desatento o revoltoso.

Cuando la exteriorización del fenómeno psíquico se hace por otros medios: palabra hablada, movimientos voluntarios reflejos o instintivos, palabra y movimientos cobran especial significado si ellos se combinan con los movimientos de los ojos; éstos dan a aquellos intención y claridad, tornándolos más accesibles a la mente del que escucha o del que observa.

COADYUVANTES DE LA EXPRESION OCULAR

a) El ojo no lo hace todo en cuanto a la expresión, pero sí es el órgano central de un sistema de órganos fisionómicos y expresivos.

b) El ojo tiene además dentro de sí mismo elementos que secundan la expresión de su propia mirada.

Tomando como base de la **expresión en general**, al **movimiento**, la naturaleza ha provisto a los seres de la escala zoológica y aún a algunos vegetales de la facultad de moverse. Estos movimientos, en los seres superiores, están realizados por músculos, y del poder y número de estos músculos, resultan las **actitudes** que **expresan** ya actividades funcionales meramente vegetativas, como los movimientos al servicio de la nutrición, respiración, etc. ya fenómenos de **relación**, como los movimientos de traslación, de defensa, de ataque, de afectividad o simpatía, de repulsión o antipatía, etc., estos últimos comúnmente llamados gestos.

Las actitudes musculares son en el hombre tanto más expresivas, cuanto más estrecha relación tienen los músculos que las ejecutan con el extremo cefálico, y por ende con los ojos. Por eso a los músculos de la cara se les ha denominado fisionómicos, y están rica y especialmente inervados del punto de vista de la motilidad, por pares o fibras nerviosas, cerebrales, raquídeos y simpáticos. Los mismos músculos de la cabeza y del cuello, en

cuanto realizan movimientos, cooperan grandemente a la **expresión**.

En algunos animales — equinos p. ej. — estos movimientos del extremo cefálico son característicos: el caballo estira el pescuezo, repliega las orejas y rota los ojos en adducción para atacar con los dientes; mientras que estira el pescuezo, repliega hacia atrás las orejas y rotan en abducción los ojos cuando el ataque va a realizarse coceando. Muy distinta es la actitud de júbilo o de celo: cuello alto y enarcado, orejas dirigidas hacia adelante casi hasta tocar las puntas, ojos fuertemente convergentes, mirada vivaz, sin contar el relincho que puede existir o no.

El perro en cambio, a más de los movimientos expresivos que acompañan a los de los ojos, (orejas y labios especialmente), posee movimientos significativos en el extremo caudal: de lateralidad en el júbilo, de elevación al acariciar a la hembra; de descenso (cola entre las piernas) en el miedo o en la cólera.

Los **músculos** motores del globo, en número de seis, en acción aislada o combinada, (pero siempre combinada en los movimientos binoculares), por los centros de coordinación supranucleares, permiten a los ojos un número infinito de posiciones, según las exigencias de la visión.

En cada una de estas posiciones, la mirada adopta una dirección precisa, que puede medirse sobre un perímetro, alcanzando una amplitud de 45 a 60 grados, los cuales, determinados para los distintos meridianos, constituyen el campo de la mirada, muy distinto por cierto del campo visual. El campo de la mirada puede ampliarse por asociación de los músculos del cuello y aún del tronco, como el campo visual puede también ampliarse por adición del campo de la mirada.

Ahora bien; cualquier trastorno que radique en uno o varios músculos de los que mueven el globo, va a determinar una desviación de la mirada de uno o de ambos ojos.

Estas desviaciones constituyen signos y tienen significados precisos y constantes; y el nuevo aspecto que adquieren los ojos da a estos también una, **expresión nueva**. No hay que confundir esta expresión con la desviación producida por la parálisis o el

espasmo muscular, es decir, con el **aspecto clínico** que revela la afección. Los ojos imposibilitados para la **mirada conjugada**, rompen por así decir la **expresión binocular**, y cada ojo adquiere una expresión individual. La expresión del ojo que fija, es la más próxima a la expresión conjugada, anterior al ataque. La del ojo desviado, es una expresión extraña vaga e indefinida, por más que a uno y otro los secunden los anexos oculares y los músculos fisonómicos.

El observador recoge pues dos impresiones distintas de la mirada del sujeto extrábico, de las que nace una resultante, más o menos distinta de la expresión binocular normal.

Un ejemplo: un sujeto es capaz de una expresión binocular dada, en un momento de cólera, que produce un determinado efecto en el observador. Se produce un extrabismo, y la expresión de la mirada ha perdido su **intensidad**; hay que restar de la expresión positiva binocular, o de la del ojo que fija, la **expresión negativa** del ojo desviado.

Cuando escuchamos a un extrábico, suele suceder que involuntariamente nos fijamos en el ojo desviado, que desvía también nuestra atención hasta el punto de hacernos perder la hilación de lo que se nos dice, y solo recobramos el hilo de la exposición, cuando nos fijamos en el ojo sano del interlocutor, cuya **expresión** (la del ojo) concuerda, por así decir, con el discurso.

Sucede también que en los extrabismos alternantes, si miramos atentamente al ojo con que fija el interlocutor, cada vez que este cambia de ojo de fijación, sufrimos una pequeña interrupción o sacudida en la corriente de nuestras percepciones.

En todos estos casos, la corriente que iba de la **expresión de la mirada** del locutor hasta nuestros centros receptores auditivos y hasta nuestro psiquis, ha sufrido interrupciones en desmedro de la expresión oral y de nuestra propia receptividad psíquica, debido a alguna deficiencia en el funcionamiento de esos pequeños músculos motores del globo.

Los demás músculos de la cara, y aún los de la cabeza como el occípito-frontal, los mismos masticatorios, son adyubantes en la expresión de los ojos.

Las arrugas transversales de la piel de la frente por contracción del frontal, que acompañan la mirada hacia arriba del que trata de recordar algo que la memoria no le facilita espontáneamente; la contracción tetánica de los maceteros y temporales en el trimus del encolerizado, o la contracción clónica de los mismos en el castañeteo de los dientes bajo la influencia de la ira o del terror; (son frecuentes, signos análogos en emociones opuestas) la contracción del elevador del labio y del ala de la nariz en el desdén; la erección del cuadrado de la barba y la contracción del orbicular de los labios en los impulsos agresivos o en las expresiones de sorpresa; la contracción del risorio de Santorini en la risa, etc., no hacen más que agregar un signo plástico, a la **expresión de la mirada** en todos esos fenómenos de la emotividad; y la lascitud o relajamiento de todos ellos, constituye la vulgar "cara larga", en las contrariedades, en los desagradados, en las fuertes depresiones morales, en que la mirada se apaga, como se apaga la llama interior de nuestro espíritu.

Los **párpados** las **cejas** y las **pestañas** no son, simples protectores anatómicos o fisiológicos del ojo.

Los párpados son como el telón de boca que se interpone frente a la pupila, para interrumpir momentáneamente la comunicación entre el espectador y el escenario; entre nuestro yo y el mundo físico exterior. Los entreactos son cortos porque el drama o comedia del universo y de la vida son largos. En esos pequeños entreactos se interrumpe la percepción, pero no la emoción que despierta lo que se ha visto, gracias a esas dos hermosas facultades, la imaginación y la memoria, que retienen los cuadros del acto anterior para ligarlos con el siguiente.

Cada pestañeo o clausura de los párpados (normalmente dos por minuto) se realiza en fracciones de segundo, y no solo limpia el cristal de la lente corneana, empañado por el ambiente, mucosidades y lágrimas, sino que al hacer la oscuridad en la gran cámara limitada hacia atrás por la retina, permite la restauración o atenúa el desgaste de la **púrpura visual** y la recomposición bioquímica que los tejidos necesitan, especialmente la retina como membrana fotosensible.

Termina el día; va a apagarse la luz solar que iluminaba el escenario universal; el espectador fatigado siente sueño; el

músculo elevador y el de Muller ceden; el telón de los párpados cae pesadamente; los ojos rompiendo la fatigosa convergencia de la vigilia, divergen y se ocultan lo más cerca posible del fornix superior; el orbicular, por acción tónica, hace su papel de esfínter; las pestañas superiores buscan contacto con las inferiores para guardar celosamente una abertura cuya custodia les está encomendada. Si en este momento entreabrimos los párpados del dormido, los ojos no dicen nada; la **expresión de la mirada** se ha esfumado.

Pero durante la vigilia, el párpado no solo ejecuta movimientos de pestañeo; sus músculos intrínsecos y algunos vecinos, mediante contracciones asociadas a las de los motores del globo, imprimen a los párpados una serie de movimientos; de elevación, de descenso, y de contracción orbicular, que modifican la abertura parpebral, aumentando o disminuyendo la parte visible del hemisferio anterior del globo.

Con ser el globo ocular sensiblemente de igual tamaño en las distintas personas, aparece de mayor volumen cuando la abertura parpebral es grande y parece pequeño cuando la abertura parpebral es pequeña. Pero en una misma persona la **expresión** es fundamentalmente distinta según que los párpados estén ampliamente abiertos o entornados; y entre estos extremos pueden intercalarse muchos términos, como puede intercalarse una cantidad de estados emocionales, entre la franca admiración de uno de esos estupendos panoramas que nos presenta la naturaleza, y que tratamos de abarcar con los ojos desmesuradamente abiertos, y el desprecio con que asistimos a una escena de mezquindad o de bajeza.

Los párpados sirven en ocasiones para ocultar la expresión de la mirada cuando el culpable, que tiene conciencia de que sus ojos hablan, teme que estos lo delaten. Otras veces, al mismo tiempo que la cabeza se flexiona, los párpados se elevan en conjugación con los globos oculares; en tal actitud la visual parece salir rasando las pestañas y la mirada adquiere una expresión escurridora, de desconfianza y de astucia a la vez; es la mirada del zorro. A esta expresión, como a otras, la he visto reproducida por herencia a través de varias generaciones.

Las cejas, son un auxiliar de importancia en la **expresión de**

la **mirada**. Ellas influyen no sólo por su tamaño, abundancia y forma si no también en las distintas posiciones que les imprimen las contracciones de los músculos que las accionan. (Frontal, superciliar, piramidal). Levantadas y divergentes, como cuando la mirada indaga **curiosamente** en lontananza el punto luminoso de una estrella, o **anhelosamente** busca el vehículo que nos trae un ser querido que esperamos impacientes; descendidas y convergentes cuando buscamos en la película radiográfica el detalle revelador o cuando, ensimismados, tratamos de **mirar** hacia nuestro interior, sustrayéndonos al mundo exterior, en busca de la solución de un problema o de la explicación de un fenómeno.

Son factores no despreciables las **pestañas**; largas y entrecruzadas, restan esplendor a la mirada; o elegantemente curvas, tocándose suavemente por su convexidad en el parpadeo, y divergiendo al separar los párpados, para no disminuir la "rima" parpebral, permiten el libre paso de una **expresión** de ingenuidad de franqueza y de simpatía.

Intrínsecamente hay un órgano: el iris, y en él un detalle: la pupila. El detalle vale indudablemente más que el órgano. Este solo puede tener influencia en la expresión de la mirada por su color. Colores claros, expresiones suaves por lo general, espíritus dulces y apacibles. Colores oscuros, expresión intensa, emociones fuertes, pasiones violentas. El color oscuro del iris, al confundirse con el campo negro de la pupila, aumenta la **profundidad** de la mirada; como si el que mira, mirase desde el fondo de su alma. La mirada de unos ojos claros dan una sensación de superficialidad, como si la mirada partiera del polo anterior del ojo mismo y no de más allá; la visual parecería el rayo de luz reflejado por la superficie de una bolita de cristal. Con todo, detrás de unos ojos negros suele no encontrarse más que bondad y amor; mientras que detrás de unos ojos claros suele ocultarse un alma siniestra; la historia y las cárceles están llenas de ejemplos. Pero en estos casos, sobre la suavidad engañosa del colorido, brilla la **expresión** acerada, incisiva o diabólica.

La **pupila**, centro visible en esta encrucijada de signos fisiopsíquicos, es, como queda dicho, un orificio, cero anatómico, a

través del cual a simple vista, no se percibe más que una oscuridad de misterio. “La cosa mortal más digna del cielo”, según el verso de Leopardi; “Paso a la vida del pensamiento humano”, según Regaldi. (Citado por Ovio).

Este orificio tiene una misión pasiva: la de aumentar o disminuir de diámetro, mediante la acción de los delicados órganos que la circunscriben.

Se contrae, como es sabido, bajo el estímulo del 3er. par craneal que excita el esfínter pupilar y se dilata por el estímulo del simpático que excita las fibras musculares radiarias del iris (que yo discuto a pesar de la reciente y autorizada opinión de Duke Elder, quien comparte la de la mayoría de los autores) o más bien, según la teoría de Grunhagen, se contrae o se dilata según la **repleción** o **isquemia** de la rica vascularización del iris, producidas respectivamente, por la acción de los vaso dilatadores cerebro-espinales y por los vaso-constrictores del simpático.

Su estímulo por excelencia es la luz, que la contrae al máximo; y de entre las numerosísimas causas o estímulos que la modifican: viscerales, nerviosas, tóxicas, endocrínicas, medicamentosas y psíquicas, debemos destacar el dolor y ciertos fenómenos psíquicos.

El dolor tiene efectos antagónicos. El estímulo doloroso extratrigeminal o más precisamente extraoftálmico, produce midriasis, (reacción cilio espinal); el dolor en la zona trigeminal, oftálmica, produce miosis.

Los reflejos pupilos corticales, por intermedio de la imaginación, producen: midriasis, cuando imaginamos un cuadro sombrío, terrorífico; miosis, cuando imaginamos un foco o cuadro luminoso.

Además, en todos los estados fuertemente emotivos, si estos se realizan con isquemia de la región oftálmica, (palidez del rostro) habrá midriasis; (teoría vaso motor pupilar de Grunhagen); y en todos aquellos casos en que haya congestión (rubicundez de la cara) habrá miosis.

Pero sucede que un mismo estado emocional, la ira por ejemplo, produce a veces isquemia y por tanto midriasis y otras veces congestión y en consecuencia miosis.

Atenidos a la acción indiscutible de los distintos sistemas

nerviosos que actúan sobre el sistema vascular, la ira producirá palidez en los sujetos simpático tónicos, (midriasis); y producirá congestión en los vagos tónicos (miosis).

Entre el sistema nervioso, cerebro espinal y simpático, y el sistema vascular, rigen las modificaciones del área de la pupila y por consiguiente las cambiantes de la expresión de la mirada, subordinada en su mayor parte al campo negro pupilar. (Esto ya lo sabían las damas romanas cuando usaban la belladona, y lo han aprendido desgraciadamente las nuestras, en su afán de engañar a los inocentes del sexo de enfrente).

El recién nacido, de cerebro obtuso, nada tiene que expresar, y sus ojos con sus pupilas pequeñas y adinámicas nada expresan en verdad. Su pupila miótica le permite mirar larga y fijamente los focos luminosos. Son ojos tan inexpressivos, sobre todo si tienen iris claros, que hasta lloran sin lágrimas. El juego y expresión pupilar van poco a poco apareciendo con los primeros signos de vida mental.

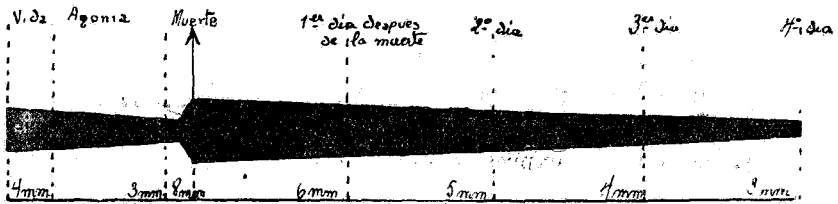
En la niñez la **expresión** dominante es de bondad y de inocencia, de curiosidad y candor.

En la edad viril es cuando el ojo adquiere su máximo de poder expresivo, coincidente con un amplio dinamismo pupilar y psíquico.

Llega la tarde de la vejez; la actividad psíquica decrece; la pupila cansada de tanta luz, entorna su minúscula ventana; los reflejos atenúan o pierden su efecto. La arterio-esclerosis (según nuestra teoría vascular), no permite la retracción de la membrana iridiana; la miosis es permanente, a veces irreductible. Las pupilas, en los extremos de la edad son semejantes. La mirada del viejo vuelve a parecerse a la del niño: apagada, inexpressiva.

Se aproxima la muerte. Si la pupila no había llegado a la miosis senil, en el período agónico va estrechándose paulatinamente hasta el momento de morir; la mirada es cada vez más inexpressiva, a través de los párpados flácidos. Apenas se produce el último suspiro, las arterias iridianas arrojan su sangre hacia las venas, el esfínter se relaja y la pupila se ensancha bruscamente; ya no importa que la luz invada ampliamente la cámara oscura del ojo; los párpados se entreabren levemente por relaja-

ción del esfínter orbicular; parece que el ojo mirara, es la mirada del muerto, empañada a veces por algunas lágrimas. A través de esa pupila ampliamente abierta, talvés se escapó el alma. Los antiguos dejaban un orificio en los ataúdes y en las tumbas para que el alma volara libremente al cielo; le llamaban el orificio del alma. Un instante conservan aún los ojos un poco de falso esplendor, hasta que la desecación de la córnea termina con el brillo de su superficie. Empieza la descomposición cada- vérica, los líquidos, edematizando el iris, producen la miosis final; la pupila ha completado su ciclo. En la facie del muerto, la muerte lanza la carcajada macabra de su triunfo.



Esquema pupilar de Albrand



Diez días después de la muerte



Ocho días después de la muerte

EMOCIONES Y EXPRESION DE LA MIRADA

Las emociones son estados psíquicos correspondientes al tercer grupo a que hemos hecho referencia más arriba. Son originadas por una asociación de ideas, de efectos breves e intensos que repercuten sobre los órganos de la vida vegetativa: **circulación y respiración especialmente.**

Los fenómenos vaso-motores, sobresalientes, han dado lugar a la teoría de Lange, teoría fisiológica, de las emociones.

Para Sergi las emociones tienen su origen en las excitaciones de los centros bulbares y por tanto, a más de los fenómenos circulatorios y respiratorios, habría que agregar, como signos de las emociones, los reflejos de las vísceras abdominales y pelvianas.

La actividad de los centros corticales de ideación, se irradiaría al bulbo, pasando por los núcleos pedunculares del 3er. par, y de allí por los haces descendentes de la médula al centro **cilio espinal**, seguiría por el cordón dorsal (el cual recibe los ramos comunicantes de los seis primeros nervios dorsales), por los ramos comunicantes del I y II dorsal y VII cervical — nervio vertebral de Frank — primer ganglio torácico — tronco simpático cervical — ganglio cervical superior — filete simpático gasseriano — ganglio de Gasser — nervio nasal — ganglio oftálmico — y ciliares cortos.

A esta misma vía vienen a converger las corrientes nerviosas que toman su origen en los estímulos y sensaciones viscerales, pelvianas abdominales y torácicas, que van en definitiva a actuar sobre la pupila, modificando su diámetro en uno u otro sentido, y por consiguiente a influir sobre la expresión de la mirada, característica en muchos casos morbosos generales.

Los nervios bulbares, pondrían en actividad la circulación, la respiración y vísceras encargadas de otras funciones, para com-

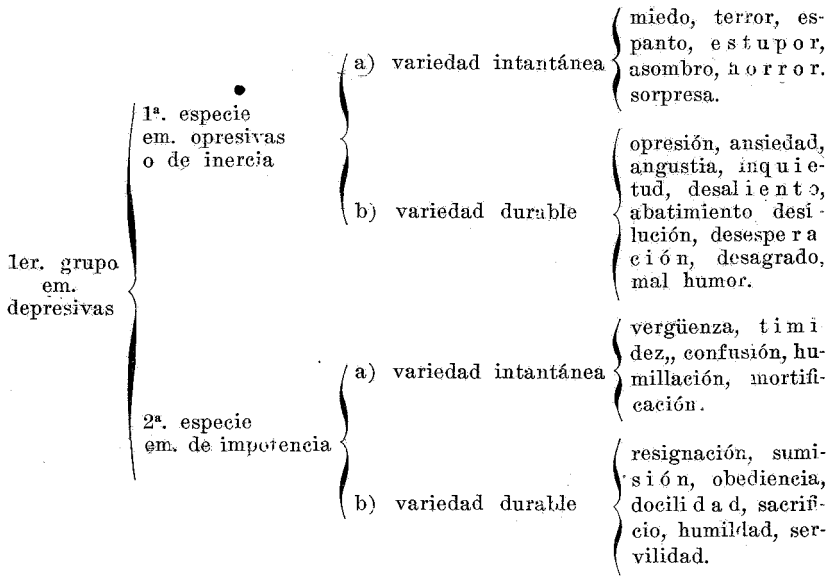
pletar el cuadro fisiológico que acompaña la emoción, del cual sería como el eje espiritual la expresión de la mirada, inherente a cada estado emocional.

Ahora bien: el cuadro más o menos vivo que acompaña a un estado emocional, está supeditado a condiciones individuales de irritabilidad y sensibilidad; “condiciones de un carácter psíquico mezcladas a un carácter orgánico”, tanto más cuanto que “cada centro psíquico es necesariamente orgánico”. (Sergi).

De aquí que: bajo las mismas causas emocionales la intensidad emotiva sea distinta, y distinta por consiguiente, en grado, la parte que le toca a la **expresión** visual.

Si admitimos sin resistencia la diferencia fundamental que existe entre la **expresión** de una **mirada cariñosa** y de otra bajo la influencia del **odio**, será lógico admitir que deben existir diferencias, que por lo sutiles escapan a nuestra constatación, entre los diferentes tipos y grados de los distintos estados emocionales.

Partiendo de esta base, podemos calcular las variaciones en la **expresión de la mirada**, por la variedad de emociones, según Sergi clasificadas así:



2º. género em. exaltativas	1ª. especie em. de placer	a) variedad instantánea	{ gozo, alegría, sa- tisfacción, pla c e r sexual.
		b) variedad durable	{ amor, am i s t a d, afectuosidad, con- formidad, l u e n h u - mor.
	2ª. especie em. de reacción	a) variedad instantánea	{ cólera, rabia, fu- ror, desd é a, d e s - precio.
		b) variedad durable	{ odio, rencor, ven- g a n z a, crueldad, orgullo.

Si no imposible, por lo menos muy difícil será caracterizar la **expresión de la mirada** que corresponde a cada una de las formas emotivas antes nombradas. Pero es indudable que cuando decimos: terror, sorpresa, desesperación, timidez, sumisión, servilismo, humildad, alegría, amor, furor, orgullo, etc., etc., cada uno se representa un tipo expresivo, mejor dicho un cuadro expresivo. Y si para la generalidad, en este cuadro pasa desapercibido el rol de la mirada, es porque su sutileza se pierde entre los gruesos caracteres de la musculatura fisonómica, que son más accesibles a la observación común.

La misma reflexión podríamos hacer para los fenómenos **psíquicos volitivos**: movimientos automáticos, reflejos, instintivos, voluntarios, deliberaciones, tendencias, determinaciones, voliciones, etc., (Dedeu); y para los fenómenos **psíquicos intelectivos**, los cuales caen a cada rato bajo la experiencia de los que ejercen la docencia en cualquiera de sus grados. Todo maestro todo profesor distingue y recuerda seguramente la **expresión** del alumno inteligente y la del negado; la expresión del que **atien-de**, del que **imagina**, del que hace **memoria**, del que **raciocina**, del que **reflexiona**, etc., y fácilmente del que está triste, de mal humor, complacido, o alegre.

En resumen: para cada manifestación **psíquica** hay una expresión fisonómica, una expresión de los ojos, una expresión que emerge de la pupila y se irradia en la **mirada**.

Hay quienes sostienen que los ojos son inexpresivos por sí mismos, que su expresión depende de la del rostro; y para probar su acerto colocan una careta que solo permite la observación de los ojos.

No hay duda que la careta resta expresión al conjunto; pero en forma alguna suprime la de los ojos.

Cuantas veces habréis reconocido a un amigo disfrazado, solo porque a través de los vanos de la careta pudisteis experimentar el influjo de su mirada que os era familiar.

A propósito, recuerdo un pugilato de carnaval entre dos disfrazados. Uno de los contendores agraviado vilmente, llevaba una máscara que reía. No obstante lo contradictorio de la careta, los ojos revelaban claramente el furor de que el sujeto estaba poseído.

Otra vez, llegó a mi consultorio, una desendocrínica, con una esclerodermia total. Su cara era inmóvil, parecía de pergamino; ni el orbicular de los labios podía realizar sinó leves movimientos; otro tanto sucedía con los párpados lagofáltimos, motivo de la conjuntivitis traumática que acusaba. Hablaba con dificultad. Sus ojos sin embargo expresaban en todo momento una profunda **angustia** (emoción depresiva), un abatimiento ilevante, pues la enferma sabía de su gravedad.

Cuando por vía de ensayo y de **consolación** (emoción exaltativa), le dije que podía curarse, gracias a la opeterapia tiroidea, (de la que en esos momentos se contaban milagros) la **expresión de sus ojos** se animó, como si un rayo de **esperanza**, hubiese pasado por sus pupilas.

EL ARTE Y LA EXPRESION DE LOS OJOS

Los artistas saben valorar muy bien cuanto vale para sus creaciones la expresión.

Saben que la base de la expresión es el movimiento.

Pero, qué movimiento, preguntaréis, puede haber en el mármol o en el bronce de las estatuas?

Y sin embargo lo hay. Cada actitud es el resultado de una contracción muscular; cada contracción muscular supone un mo-

vimiento; cada actitud es un movimiento sorprendido por el artista y plastificado en el bronce o en el mármol. La expresión de la mirada está en la posición, mejor dicho en el movimiento de los ojos. Falta sin duda el fluído magnético de la pupila, porque a través de ella se vé un fondo material, que no es el fondo negro misterioso e inmaterial de la pupila humana.

*“Monna Lisa”
obra genial
de
Leonardo
de Vinci.*



Los ojos de Gioconda, aún sin cejas, sonrien expresivamente.

En este sentido lleva ventaja el pintor. El pincel y los colores pueden realizar mejor, que el cincel y el mármol, el prodigio de los ojos que miran.

Hubo en Córdoba un pintor, malogrado ya (el pintor Ortíz) que era retratista y tenía la virtud de pintar ojos que hablaban. Una vez seguía yo a un entendido, en un salón de pintura. Al llegar a un cuadro dijo: apostarí a que este cuadro es de Ortíz. Y en qué lo conoce? Fué preguntado. — En la expresión de los ojos, contestó — nadie pinta ojos como Ortíz. Efectivamente era de Ortíz el cuadro.

Si recorreis las obras maestras, encontrareis el testimonio inexcusable de lo que digo. Me permitiré recordaros una: La Gio-

CUADROS CELEBRES



“HIERÓNIMO HOLZSCHUER”

ALBERTO DUREERO — Kaiser Friedrich — Museum — Berlin

conda de Leonardo, por ser de las más conocidas. Podeis ensayar de cubrir todo el rostro dejando solamente visible los ojos, la sonrisa de Gioconda aparece siempre. "Son ojos que sonrían". Se dice que precisamente estudiando los ojos de Gioconda, Leonardo advirtió los movimientos de la pupila.

A igual prueba puede ser sometida cualquiera de las obras de los grandes maestros. Los ojos constituirán en ellas la principal preocupación del artista y el punto de atracción para el observador. Otro ejemplo al respecto es el "Hierónimo", de Alberto Dürero, del Kaiser Friedrich Museum, de Berlín.

El arte escénico se ha preocupado siempre de la expresión de los ojos. De ella han sacado partido, y a ella deben sus principales éxitos los grandes actores del teatro, sobre todo en el drama y la comedia.

El cinematógrafo, arte comercial, más comercial que artístico, con las excepciones del caso, no ha perfeccionado la expresión de la mirada; antes bien, la ha degenerado. Es que en general sus protagonistas, desconocen la psicología y conocen muy poco la fisiología de la expresión. Es que el ojo material no es más que la repetición plástica del ojo de la mente. Las emociones de **placer y dolor**, que a cada paso deben ser representadas, mejor dicho, simuladas, resultan casi siempre muecas grotescas. El dolor, en ellos, se reduce a algunas contracciones faciales, pero los ojos no lloran. A la risa la simulan estirando los labios y mostrando los dientes, unidos por sus coronas, cual si asistieran a una inspección de higiene odontológica; los ojos jamás revelan el más leve fulgor de una sonrisa. Es tan difícil llorar como reír, cuando no se sienten las emociones de dolor o de placer. Hay entre esos artistas, risas que dan grima y llantos que mueven a risa.



Falsa sonrisa

te las emociones de dolor o de placer. Hay entre esos artistas, risas que dan grima y llantos que mueven a risa.

LA ORATORIA, el gran medio de expresión en todos los tiempos, cuenta como complemento la acción de presencia y la expresión de los ojos.

Difícil sería definir lo que es la acción de presencia. Pero podríamos dar una idea diciendo que es la superioridad a priori que reconocemos en algunas personas; Federico II, Eugenio de Saboya, Napoleón, según Ovio, poseían esta virtud. Podríamos agregar: Mussolini. Resalta en ellos esta condición: "una inmensa suma de energía, de la que pueden disponer en cualquier momento". Realizan los mismos gestos que los demás pero los realizan mejor, con más fuerza, con más vivacidad. "La loro occhiata

e come l'occhiata degli altri, ma un po piu viva, un po piu forte" dice Ovio.



Dr. Carlos Pellerigini

He aquí el gran factor de la acción de presencia: la expresión de la mirada.

Hay oradores, que lo son cuando se los lee y aun cuando se los escucha por radio, pero son por lo general superiores cuando se los ve hablar. Otros son oradores solo cuando se los ve.

Permitidme dos ejemplos de entre los nuestros: Pellegrini e Hipólito Irigoyen.

Pellegrini cuya acción de presencia era innegable, imponía desde que se asomaba al balcón: su oratoria era enérgica, concreta, fuertemente razonadora, intelectual, valiente. No tenía los giros ni las sonoridades, ni la elocuencia arrebatadora de Aristóbulo del Valle, pero convencía; no era la oratoria erudita de Bernardo de Irigoyen, pero era conceptuoso; no era la oratoria brillante y fervorosa de Estrada, pero se le oía desde el principio hasta el fin sin perder una frase, sin que se fatigara la atención y su discurso parecía siempre corto. El audito-

rio lo miraba desde antes de empezar hasta que pronunciaba la última palabra; y lo miraba a los ojos.

Los ojos de Pellegrini irradiaban sobre la multitud **algo** que era el complemento del discurso.

La mirada del orador es por lo general una mirada al conjunto, a veces una mirada en el vacío, cuyo efecto casi ni se siente; pero la mirada de Pellegrini, que emergía de dos grandes y hermosos ojos, a través de cejas pobladas y de pestañas erguidas, la sentíamos todos; cuando se fijaba individualmente producía cierta fascinación.

Se leen los discursos de Estrada; se leen los discursos de Del Valle; se leen los discursos de Bernardo de Irigoyen, por vía de intrucción, para deleite del espíritu o como quien repite un viejo disco, que lleva a nuestro oído las sonoridades y las armonías de una música inmortal. Pero, ¡cuán pocos son los que leen los discursos de Pellegrini! Es que a Pellegrini había que verlo; tanto como sus palabras o más que ellas impresionaba la **expresión de su mirada**, enérgica y altiva.

Hipólito Irigoyen era otro tipo de hombre; su **acción de presencia**, indiscutible, era presentida por los que esperaban la anhelada entrevista. No fué un orador público, como es sabido; fué un orador en **privado**, si se me permite la expresión. Su mirada casi fría, semivelada, serena, paternal, sin carecer de penetración, no le hubiera permitido ser eficaz como orador de multitudes. Y siendo así, cómo explicar su innegable acción de presencia? Lo diré: la expresión de la mirada de Hipólito Irigoyen era de corto alcance, pero para su inmediato interlocutor, tenía un terrible poder de sugestión, casi diré tenía el raro poder de la fascinación; esto, unido a su palabra insinuante y persuasiva, que a veces parecía "un canto de sirena", al decir de un eminente hombre público, que fué precisamente su adversario, lo hacían más irresistible, hasta temible. Esas mismas condiciones le valieron ciertos éxitos en su juventud.

Por dos vías se puede dominar a los hombres; o por la razón o por el sentimiento. Hipólito Irigoyen era un sentimental. Su mirada no era audaz ni altiva ni valiente como la de Pellegrini. Era más bien cautelosa, expresaba angustia, sufrimiento; su rostro, concordante con la mirada, tenía el aire de un hombre

que ha sufrido mucho. Cuando debía hacer algún reproche, no anatematizaba ni, mucho menos, injuriaba; lo hacía con amargura, en son de queja. Hipólito Irigoyen era un sentimental, dominaba por el sentimiento; por eso la expresión de su mirada, no obstante su porte varonil, era de tristeza.

DON HIPOTITO IRIGOYEN



← En su primer presidencia



En su segunda presidencia →

LOS OJOS Y LA CLINICA

Desde la más remota antigüedad, se les asigna a los ojos especial importancia, del punto de vista semiológico diagnóstico y pronóstico de las enfermedades.

Los clínicos generales, suelen, por apreciación de conjunto del aparato ocular, juzgar de la mejoría o agravación de un estado patológico, y predecir a veces, con días de anticipación, el desenlace funesto. No todos los clínicos sin embargo, tienen ese don de apreciación, como no todos pueden apreciar el efecto de luz de un cuadro natural o pictórico.

Y es que en efecto, tanto las afecciones de vecindad como las lejanas; las discrásicas, las tóxicas, las enfermedades mentales en fin, tienen influencias más o menos profundas, en algunos de los órganos del aparato de la visión, o en la visión misma sin lesiones orgánicas apreciables. Y siendo la expresión de la mirada, una resultante de las funciones de todos los órganos que forman el aparato de la visión, aquella variará según la manera de comportarse de éstos.

Las lesiones de vecindad, como las inflamatorias, traumáticas y tumorales o neoplásicas de la órbita, aparte del **dolor** que originan y que da a la facie y a la mirada su expresión característica, puede dar lugar a múltiples fenómenos como por ejemplo: miosis o midriásis o anisocorias; alteraciones de la córnea; neuritis, papilitis y atrofia papilar; amaurosis, desprendimientos de retina; parálisis del III - IV o VI par; exoftalmías en diversas direcciones; alteraciones de la motilidad, inmovilidad del globo; anestias e hipoestecias; equimosis, hemorragias hematomas y edemas de los párpados, de las conjuntivas, de la membrana de Tenon e vaina del nervio óptico. Se comprende sin esfuerzo que la mirada ha de reflejar la influencia de esos fenómenos.

Pero, conviene advertir, que en estos casos, no debe confundirse la **expresión de la mirada**, bajo el concepto bosquejado al principio de estas páginas, con el **aspecto clínico** de la región ocular o del ojo mismo.

Las **lesiones craneales**, pueden dar lugar a lesiones de la corteza cerebral que, según la región afectada, se manifestarán por parálisis oculares y faciales, desviación conjugada de la cabeza y de los ojos, ptosis diversas, pérdida de la memoria visual, hemianópsias, cegueras uni o bilaterales; abolición de la sensibilidad y queratitis neuroparalítica; extasis papilar y diversos síndromes, incluso el mistagmus.

En las **afecciones auditivas, de los senos y nariz**, son el IV° y VI° par los más frecuentemente atacados, pudiendo existir así mismo neuritis retrobulbar con extasis papilar especialmente en las sinusitis efenoidales, y trastornos papilares en las rinitis.

Las afecciones dentarias, dan frecuentemente fenómenos reflejos sobre la inervación intrínseca del globo y fenómenos inflamatorios hasta la supuración con hipopion.

Las **afecciones meningeas** dan frecuentemente miosis espasmódicas y luego midriasis, nistagmus y trastornos de la coordinación motriz, diplopias, exageración del hipus pupilar, y reacción miotónica de la pupila (coincidente con esta reacción hay a veces fotofobia) edema papilar, sobre todo en las meningitis serosas; signo de Argyl Robertson y anisocoria en las sifilíticas; en las meningitis espinales predomina la midriasis espasmódica por excitación del centro cilio-espinal, que termina, con su destrucción, en miosis paralítica. (Lapersonne y Cantonet).

En las **hemorragias cerebrales** suelen encontrarse hemorragias retinianas — de mal pronóstico — y anabliopías o amaurosis.

En los **reblandecimientos** es de notable frecuencia la desviación conjugada de la cabeza y de los ojos, hemianopsias, alexias, parálisis del facial, sobre todo del facial superior.

En el **absceso cerebral** predominan al principio fenómenos de excitación oculomotriz que terminan en parálisis diversas.

En la **parálisis progresiva**, existen múltiples fenómenos oculares: jaqueca oftálmica, miosis, anisocoria revelable por los midriáticos en su acción inicial, deformación pupilar casi siempre oval de eje mayor oblicuo, Argyl Robertson, o pereza pupilar, más adelante oftalmoplegia interna, reacciones paradójales, retinitis a veces hemorrágicas, alteraciones del campo visual para el blanco verde y rojo, discromatopsias, etc.

Los **tumores cerebrales** dan diversos síntomas según la región donde asientan. En el lóbulo frontal: éxtasis, atrofia primitiva, rara vez desviación conjugada; en la región rolándica: éxtasis y parálisis facial; en el lóbulo parietal: éxtasis papilar, ptosis aislada, ceguera verbal o afasia sensorial de Wernike; en el lóbulo occipital: éxtasis papilar, hemíanopsia homónima, hemidiscropsia, ceguera; en el lóbulo temporal: éxtasis, ceguera psíquica, a veces hemíanopsia homónima; en el cerebelo: éxtasis, nistagmus, a veces desviación conjugada, sin parálisis de los movimientos asociados de lateralidad de los ojos.

En los **tubérculos cuadrigéminos**, éxtasis, trastornos del reflejo fotomotor, a veces Argyll Robertson, parálisis de los movimientos asociados de lateralidad.

En los **pedúnculos**, éxtasis, parálisis aislada de los músculos oculares, oftalmoplegia desigual en ambos ojos, parálisis de los movimientos asociados, desviación conjugada de la cabeza y de los ojos, nistagmus, hemianopsia homónima.

En la **protuberancia**: éxtasis, neuralgia o anestesia del trigémino, parálisis del VI° y VII° par, parálisis de los movimientos asociados, etc.

En el **bulbo** una lesión unilateral puede provocar trastornos oclupupilares, que consisten en una estrechez de la pupila, en estrechez de la hendidura parpebral, así como la retropulsión del globo ocular; parecen semejantes a los que resultan de la sección de los dos primeros pares dorsales (Bakinski y Nageotte). Los trastornos pupilares serán directos, cuando se trate de una lesión del simpático en el bulbo, y cruzados cuando el simpático esté lesionado en los hemisferios (Cestan y Chenais).

“En la **polioencefalitis inferior aguda** se encuentra frecuentemente atacado el VI° par y más rara vez el III°, desviación conjugada de la cabeza y de los ojos, blefarospasmo clónico y neuritis óptica”.

“En la parálisis bulbar asténica se han citado casos en que la astenia afectaba solo los músculos oculares, estando como bajo la influencia de la fatiga; la ptosis parpebral es frecuente, en grado desigual, y se aumenta con la abertura voluntaria y prolongada de los párpados”.

“En la **mielitis aguda**, puede haber ptosis, nistagmus en las posiciones extremas de la mirada y papilitis precoz”.

En la **esclerosis en placas** puede haber nistagmus en diversas formas y grados y parálisis del VI° par asociadas a paresias del recto interno del otro ojo, con las consiguientes deformidades del campo visual binocular; más adelante habrá atrofia parcial de la papila, escotomas, etc.

En la **tabes**, los síntomas oculares tienen una frecuencia e importancia extraordinarias: parálisis extrínsecas, fugaces en el período prodrómico, son en el curso de la tabes confirmada, duraderas e incurables; existe también nistagmus y **ataxia** de los globos oculares, y en ocasiones, síntomas óculosimpáticos, miosis, ligera ptosis por falta de tonicidad del músculo de Muller, enoftalmía e hipotonía, anisocoria, irregularidad pupilar, a veces midriasis, Argyl Robertson simple o compuesto. trastornos de la visión, atrofia óptica, ambliopía en fin.

En la **siringomelia** predominan las alteraciones del campo visual, (estrechez) con conservación de la agudeza; la musculatura está atacada con frecuencia de parálisis pasajeras o definitivas”.

Y así sucesivamente podríamos enumerar otras afecciones, como la nauritis alcohólica nicotínica, parálisis agitante o enfermedad de Parkinson, la **aeromegalia**, el bocio exoftálmico, la epilepsia, el histerismo, etc.

Nos hemos detenido un poco en las afecciones del sistema nervioso, por ser las que más directamente repercuten sobre el aparato de la visión. Pero también los otros aparatos: digestivo, respiratorio, circulatorio, renal, genital, por vía simpática casi siempre cuando no por vía humoral (como en la diabetes), excitan o deprimen la inervación y los músculos oculares, imprimiéndoles caracteres especiales, que han sido concretados en diversos signos: Landolfi, Levy, etc.

Las enfermedades infecciosas: la septicemia, el tétanos, la gripe, la fiebre tifoidea, el paludismo, la difteria, la erisipela, la parotiditis, el reumatismo articular, las fiebres eruptivas, la púrpura, el escorbuto, la lepra, la tuberculosis y la sífilis sobre todo,

se revelan en el ojo por síntomas los más diversos: parálisis, contracturas, uveítis, retinitis, neuritis, iritis, queratitis, epíforas, edemas, hemorragias, astenias musculares extrínsecas, astenopías acomodativas, moscas volantes subjetivas y objetivas, ambliopías y amaurosis.

Pero de estas afecciones, el síntoma hipertermia, sin afectar orgánicamente al aparato ocular, da al ojo un fulgor especial, que caracteriza en forma sensible la expresión de la mirada del febriciente.

Es fácil darse cuenta de que un cúmulo tal de síntomas oculares, como los que quedan mencionados, tienen que influir en la expresión de la mirada del paciente, solo que la falta de hábito de observación minuciosa, permite que pasen desapercibidas tales modificaciones y solo nos fijamos en el cuadro sintiológico ocular representado por las alteraciones materiales más groseras. Repito que no hay que confundir en estos casos, lo que es aspecto clínico del ojo con **expresión de la mirada**.

En **oculística** es frecuente encontrar aspectos característicos del ojo y expresiones de la mirada también características.

Es típico el aspecto clínico ocular de las conjuntivitis, de las blefaritis, de las dacriocistitis, de las iritis, de la panoftalmía, de las exoftalmías tumorales, de las queratitis, del tracoma, de la parálisis y contracturas.

Pero es también típica la expresión de la mirada de un basedoviano incipiente, de un retinitico pigmentario, de un atrófico papilar con amaurosis y de un ciego por cataratas.

Mientras el ciego por atrofia papilar completa abre desmesuradamente los ojos (1) mirando casi siempre hacia arriba, como buscando **ansiosamente** la luz del cielo, el retinitico pigmentario localiza su visual sobre puntos o zonas limitadas fijamente, con abertura parpebral y pupilas casi siempre dilatadas y el ciego por cataratas, frunce el ceño, contrae sus párpados para disminuir la abertura parpebral y aún hace pantallas con la mano sobre sus ojos, todo para disminuir la luminosidad.

(1) En la atrofia papilar incompleta, el paciente, al contrario, revela cierta fotofobia, aún cuando la luz no sea intensa.

y permitir la dilatación de la pupila, merced a lo cual pueden pasar algunos rayos luminosos por la periferia del cristalino y llegar a la retina.

Entre la **expresión de la mirada** del ciego sin esperanzas y la del que aún espera ver algo, hay una diferencia perfectamente apreciable e indiscutible.

El **miope**, es un sujeto de percepción visual lenta. Su ecuación personal ensayada sobre la percepción visual, en casos de mediana miopía (4 a 5 D) sobrepasa en varios décimos de segundo a la del emélope. Cuando va por la calle mira fija y largamente a las personas que pasan, para reconocer su fisonomía; sus ojos abiertos y prominentes se fijan con insistencia pasando a veces por imprudentes; revelan curiosidad y duda a la vez.



Astigmática.

El **astigmático**, revela incertidumbre en su mirada; hace un visible esfuerzo de acomodación con los músculos accesorios, imprime algunos movimientos de oscilación a los globos oculares que a veces

acompaña con movimientos conjugados de la cabeza, parpadea luego y estrecha ligeramente la abertura parpebral hasta que consigue fijar el objeto que trata de ver.

Es también característica la mirada de los **sordos**. La facultad de la **atención**, aplicada por intermedio del sentido de la vista, se ha desarrollado en ellos en forma notable; fijan **atentamente** la mirada, ora en los ojos, ora en los labios de su interlocutor como si quisieran leer lo que no oyen, y, a veces, lo consiguen.

ENFERMOS DE LA CLINICA OFTALMOLOGICA DEL
Dr. ALBARENQUE

I. L. Tracoma complicado. Se nota el esfuerzo del frontal para suplir la insuficiencia del elevador del párpado afectado de ptosis por, infiltración y degeneración tracomatosa.

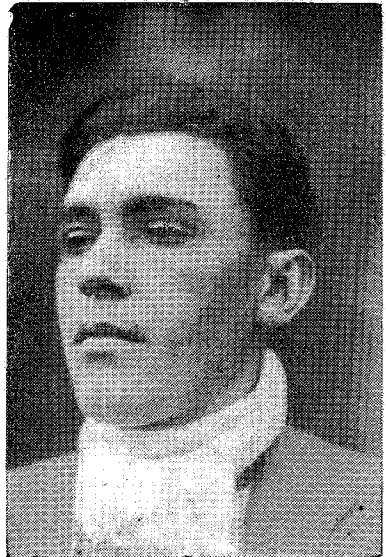


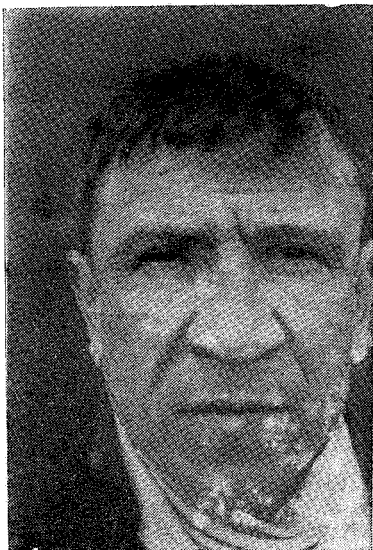
A. P. Quemaduras de la cara. Auto-plastia y tarsorrafia del ojo derecho. Sus ojos de niño son poco expresivos pero adoptan la posición que les es más favorable para aprovechar la abertura parpebral reducida del O. D.



E. M. Extrabismo concomitante, con desviación, pronunciada del ojo derecho. La expresión binocular es confusa y vaga. Si se tapa la mitad derecha de la cara se obtiene una expresión monocular clara y precisa del ojo que fija, sin perder la expresión infantil

I. A. A consecuencia de una conjuntivitis blenorragica, sufrió la total necrosis de la córnea quedando apenas la membrana de Descemet a través de la cual pudo ver durante algún tiempo; complicaciones sucesivas lo llevaron a la ceguera completa. En este estado puede apreciarse, a través de una mirada aparentemente normal, la inexpressión de unos ojos que no ven.

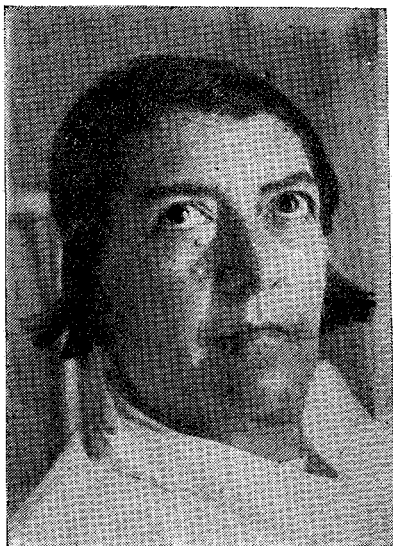




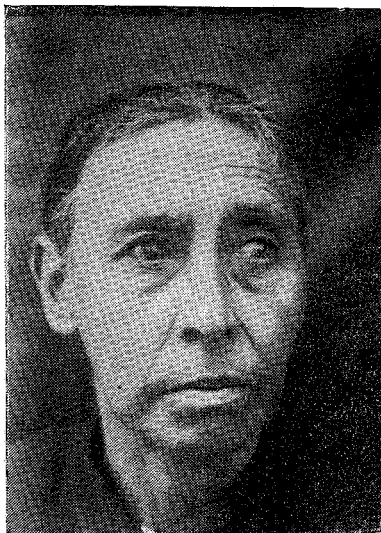
A. T. — Atrofia simple de la papila en ambos ojos, incompleta; de aquí el aspecto fotofóbico



P. T. — Bocio oxoftálmico en período avanzado, complicaciones laoftálmicas

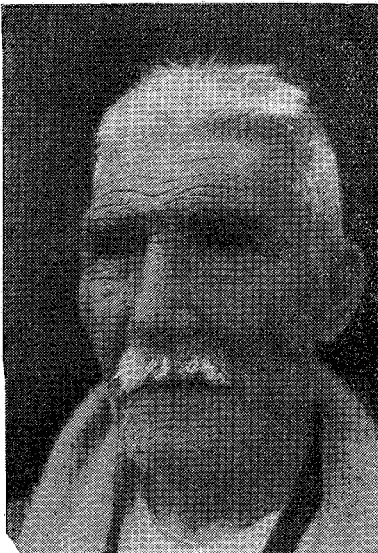


M. A. de A. — Bocio oxoftálmico en período inicial. "Mirada brava". Ojo esplendoroso, amplia abertura parpebral



R. O. de O. — Ciega por glaucoma absoluto, abre ampliamente sus ojos, ávidos de luz, ayudándose de los músculos accesorios

N. Ch. — Retinitis pigmentaria avanzada. Mira fijamente como si tratara de localizar un punto o una zona limitada.



J. A. H. — De 73 años de edad, atacado de cataratas en ambos ojos, no obstante su ceguera transitoria, parece que ve. Es la diferencia que existe entre un ciego con esperanzas de ver, como el presente y otro que no tiene ni esperanzas de recobrar la visión. Los ojos enoftálmicos del viejo, parece que miraran desde muy lejos a través de los años vividos.

LOS HABITOS Y EL MEDIO, dan a la mirada expresiones particulares.

El hombre de nuestras campañas, habituado a mirar a largas distancias en las dilatadas comarcas en que habita, a través de capas atmosféricas diáfanas y puras, en busca ya del árbol o accidente del terreno que le sirve de punto de referencia, ya del animal que ha echado de menos en su ganado; o durante la noche en la contemplación de las estrellas; ese hombre mirará casi siempre de frente, en la **posición primaria** de la mirada, haciendo poco uso de la rotación de los ojos, o **posiciones secundarias**, que sustituirá más bien con la rotación de la cabeza y acaso del tronco. Sus ojos abiertos y su cabeza erguida, que presenta ampliamente el rostro al levantarse el ala del sombrero, le dan una expresión grata de **franqueza, altivez y simpatía**.

El hombre de la ciudad, que vive en la atmósfera confinada y pulverulenta de las calles estrechas, de las oficinas, de los talleres, encorvado sobre un escritorio o sobre una fragua, con los párpados entreabiertos apenas, para eludir la tierra, el humo, las partículas extrañas que lastiman sus ojos, terminará por adquirir un mirar de párpados entrecerrados y cejijuntos, mirar poco franco, precaucional, como previendo la injuria del medio ambiente o del agente traumático.

El agente de **investigaciones**, que procura pasar desapercibido cuando observa, usará, no las posiciones primarias de la mirada sino las secundarias; mirará de soslayo, con la cabeza inmóvil, y entornará los párpados, si las exigencias del campo visual y de las circunstancias no lo obligan a abrirlos; será una mirada a **hurtadillas, disimulada e indagatoria** a la vez.

En cambio el malhechor que se siente perseguido, rotará con vivacidad los ojos en diversas direcciones, asociando los movimientos de la cabeza y del tronco o simulará impavidez según convenga a la escapatoria; pero siempre la **expresión** será de **inquietud, desconfianza, cautela y timidez**.

El **médico** que vive en constante perplejidad y preocupación, por lo dudoso del diagnóstico, lo aleatorio de la terapéutica, lo imprevisible de la complicación y del desenlace, terminará por adquirir un aire meditativo, de duda, de reflexión, de reserva, que se traducirá al fin en sus ojos, que en vano tratará de esqui-

var ante la mirada **escudriñadora** y **angustiosa** del paciente o de sus familiares, de los cuales la madre es siempre el mejor intérprete de tan confusas actitudes; como es también la primera en leer en la mirada **jubilosa** del médico, la aclaración de un diagnóstico, la feliz intervención quirúrgica o la venturosa resolución de un proceso patológico.

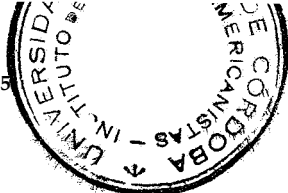
El **abogado**, tampoco exento de amarguras, tiene siempre en su favor un artículo que lo ampara, o un argumento que lo consuela y en todo caso el recurso de su elocuencia más o menos vehemente, ya se trate de atacar o de defender. Siempre listo para la réplica y prevenido ante el ataque, su mirada, por lo general vivaz e inquisitiva es un especie de alerta, como la del esgrimista que no pierde de vista los menores movimientos de su adversario.

Y al lado, en fin, de la **mirada franca, altiva e imperiosa** del militar acostumbrado a mandar, está la **mirada, suave, serena, humilde y bondadosa** del sacerdote fiel a sus votos de obediencia y sumisión y a su doctrina de caridad y de amor.



Un escolapio recientemente santificado

Si las actitudes habituales y espontáneas van siempre acompañadas de una expresión concordante, en cambio las actitudes intencionalmente adoptadas no siempre se acompañan de la expresión visual correspondiente. Falta a estas la sinceridad que acompaña a aquéllas. Por eso habrá que desconfiar de la mirada de los delincuentes empeñados en ocultar su verdadero estado espiritual, cuando saben que se los observa. En los dementes no cabe el disimulo ni la simulación, y la expresión de sus ojos refleja con sinceridad los rasgos prominentes de sus perturbaciones psíquicas.



LA EXPRESION DE LA MIRADA EN LOS DELINCUENTES

(De la Cárcel Penitenciaria, dirigida por el Dr. José Ma. Beltrán)

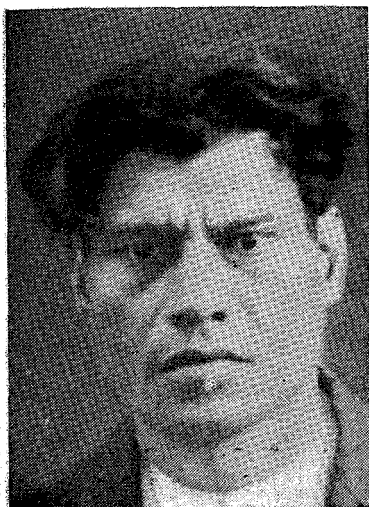
“Entre los criminales, según algunos autores, se encontrarían estigmas de degeneración ocular y entre éstos el estrechamiento en sector del campo visual”.

En verdad tales estigmas, que alguna vez he constatado en criminales, no pueden ser tomados como signos de criminalidad, si no como una coincidencia o como un síntoma de una tara que pudo o no predisponer al criminal.

El estrechamiento en sector del campo visual, existe por otra parte en cantidad de enfermos que no han llegado y que posiblemente no llegarán a ser criminales.

Además, ligeras modificaciones del campo visual, poco influyen en la **expresión de la mirada**, que en ciertos criminales es notable y guarda sensible relación con la índole del delincuente y del delito.

Estudiando los prontuarios de la Cárcel Penitenciaria de Córdoba he encontrado que los antecedentes que en ellos obran constituyen un cuadro que impresiona nuestra imaginación en determinados sentidos; y al examinar las fotografías del delincuente, la impresión se reproduce en tal forma que en algunos casos la fotografía del criminal, es como la fotografía del crimen mismo. Pasemos en revista algunos casos:

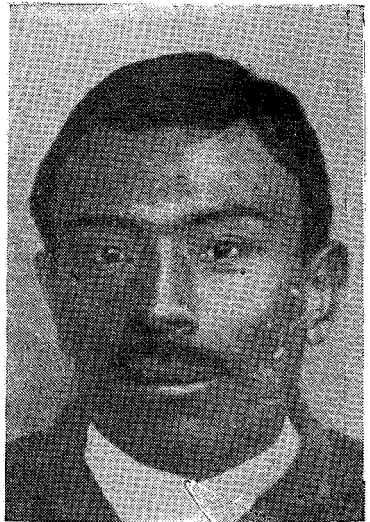


F. V. exp. V. N° 105. — Tiene ocho procesos, uno de ellos por asalto, robo y lesiones; ha sido condenado tres veces, la última vez a ocho años de reclusión que deberá cumplir en Tierra del Fuego. Es además un depravado, poderasta de “vuelta y vuelta” como dicen en el argot carcelario. Su expresión es al propio tiempo hostil y repelente.



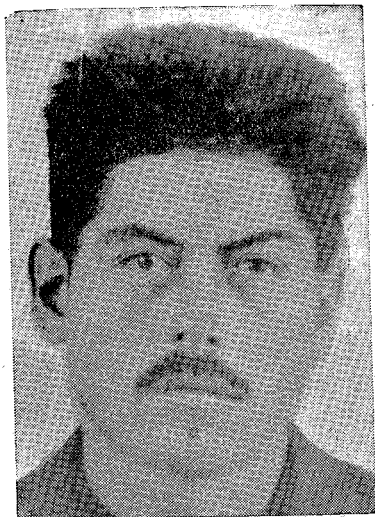
A. A. Exp. A. N° 530. — De aspecto agresivo y sensual, mirada fuerte e insolente. Condenado por estupro en su propia hija menor de quince años.

L. C. Exp. C. N° 242. — En ciertos casos el aspecto y la mirada, nada dicen respecto de las condiciones del delincuente. L. C. no tiene el aspecto repugnante de A. A. un constante atentador contra la autoridad, llegando hasta el homicidio. En la cárcel se revela contra los empleados y penados y es nuevamente homicida. La unificación de penas le dá veinticinco años de reclusión.





M. H. A. Exp. A. N° 379. — Como el anterior no tiene aspecto criminal; su mirada es inexpresiva o podría expresar cualquier cosa; en el mejor de los casos revelaría estupidez. Sin dominio sobre sí mismo es víctima de las pasiones carnales. Viola y contagia a una menor de cinco años. Siete años de prisión.



R. A. Exp. A. N° 176. — Homicida, ladrón, cínico, pendenciero. Diez años de condena por homicidio, fuera de la cárcel. Diez meses por lesiones dentro del penal. "Mal preso" en los primeros años, últimamente ha mejorado algo su conducta.



J. M. Exp. M. N° 289. (a) El Pótro. — Ladrón de hacienda (cuatro-ro), numerosos procesos y condenas. Conocedor de las leyes rurales y penales. Mirada vivaz, penetrante, prevenida. Parece en actitud de penetrar las intenciones de su interlocutor.



J. A. o E. Exp. A. N° 82. — Impulsivo, agresivo, celoso. Mata a su concubina que lo ha abandonado y es condenado a doce años de prisión

A. A. Exp. A. N° 274. — De aspecto simpático, inteligente y despejado; mirada franca, expresiva y audaz.

Penetra en pleno día en una casa de comercio para robar; es sorprendido por la policía que lo ataca y se defiende a balazos, matando a un cabo. Se esconde por entre la multitud de curiosos y elude por mucho tiempo la persecución de la policía, escabuyéndose en distintas oportunidades. La individualización del malhechor fué difícil dando lugar a que recayeran sospechas sobre otras personas, incluso un estudiante de medicina con el cual tenía algún parecido.

Es audaz y corajudo. Al fin es capturado y condenado por doble homicidio y hurto a veinte años de prisión. En la cárcel observa buena conducta y es un carpintero hábil e inteligente.

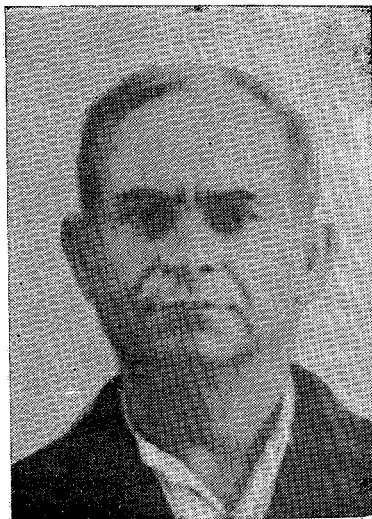
No tiene, como se ve, el aspecto siniestro de los anteriores.

(Sus ojos son azules).





JUAN VINTI. Exp. V. N° 340. —
Mafioso, matador del joven Ayerza,
según Di Grado



VICENTE DI GRADO. Exp. D.
N° 275. — Mafioso, guardador del
joven Ayerza y su matador, según
Vinti



PEDRO GIANNI. — Exp. G. N° 709
Mafioso, supuesto “entregador” del joven Ayerza, bajo proceso. Mirada
fuerte, penetrante, agresiva

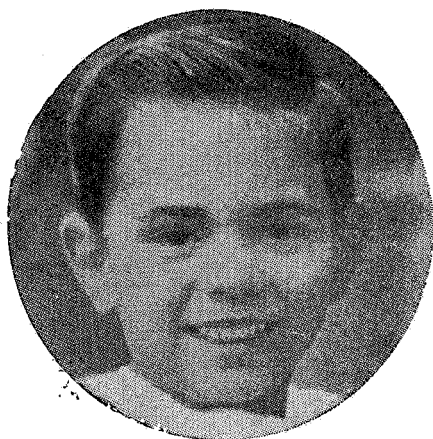


JOSE LATORRE. — Exp. L. N°.
479. — Expresión enérgica, imperiosa.
Procesado. Es el "capo" de la
mafia ejecutora del crimen del joven
Ayerza

Si después de mirar las fotografías de los sujetos precedentes, miramos un conjunto de fotograbados de niños, como los que pueden verse a continuación, la expresión siniestra de aquellos, sombría y desagradable, como lo que guardan en el interior de sus espíritus depravados, resalta mejor e impresiona más fuertemente nuestro ánimo.

En cambio, nada más agradable que la franca, candorosa y dulce mirada de la niñez, que trasunta un alma blanca, inmaculada y buena, ajena a los sinsabores de la vida, ignorante de la maldad humana, alegre y luminosa como una mañana de primavera, y solo comparable en su dulzura con la mirada de la madre, ya sea en el momento de recibir jubilosa la primer sonrisa del hijo o de recojer enternecida y desgarrada su último suspiro.

MIRADA DE NIÑOS, NORMALES



LA EXPRESION DE LA MIRADA EN LOS ALIENADOS

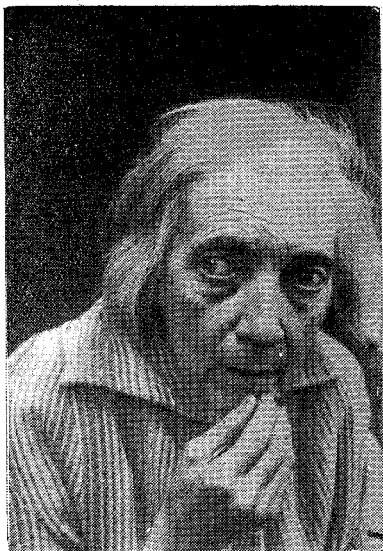
En los hospitales de alienados he encontrado también cantidad de expresiones que guardan íntima relación con algunas de las características del padecimiento de los pobres dementes.

Estas expresiones no solo están ligadas a las alteraciones materiales y funcionales de algunos de los órganos del aparato visual, que suelen acompañar los estados demenciales, como por ejemplo: la anisocoria en la demencia precoz, trastornos circulatorios de la papila en la manía, Argyll-Robertson en distintos tipos vesánicos, y estrechamiento global del campo visual en los estados depresivos y ensanchamiento en los estados de excitación. miosis, anisocoria y midriasis en distintos períodos de la parálisis general, como así mismo irregularidad de la pupila y atrofia del iris, neuritis óptica, atrofia papilar, diversas formas de retinitis, ambliopía, amaurosis, alucinaciones visuales, discromatopsias, etc., etc., sino que está relacionada también con los estados anímicos o espirituales, que caracterizan la enfermedad y aún con las circunstancias iniciales de la misma.

Observemos algunos casos: (de la Clínica del Prof. Dr. León S. Morra)



Asilo de Alienados. — Córdoba
R. P. — Debilidad mental, descenderina. Períodos de calma alternados con crisis de excitación.



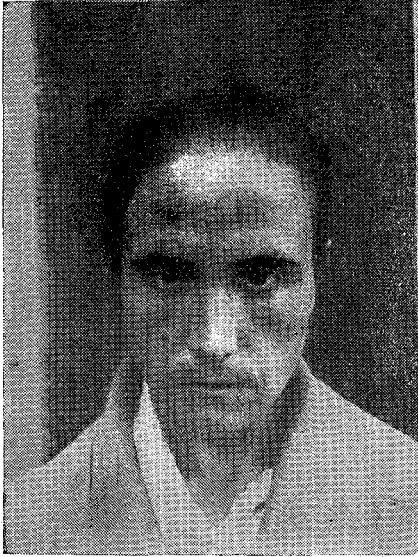
Asilo de Alienados. — Córdoba
A. B. — Demencia vesánica pos
melancólica. Esta enferma fué una
dama de la más distinguida socie-
dad de Córdoba. Un drama terri-
ble conmovió su hogar a consecuen-
cia del cual la paciente enfermó
de melancolía ansiosa, pasando al
estado crónico, con ideas de suici-
dio. Los ojos de la enferma pare-
ce contemplaran aún con espanto el
cuadro trágico del hecho que le quitó
para siempre la razón.



Asilo de Alienados. — Córdoba
J. R. — Parálisis general progresi-
va, demencia global, excitación aten-
nuada e ideas de grandeza abun-
dantes



Asilo de Alienados. — Córdoba
M. M. — Psicosis maniaca depre-
siva (locura periódica caracteriza-
da por la sucesión de accesos de
manía y depresión),



Asilo de Alienados. — Córdoba
A. V. — Demencia precoz, catotónica, indiferencia, actitudes fijas.



Asilo de Alienados. — Córdoba
R. L. — Demencia precoz, paranoidea, ideas fijas de grandeza. Se llama a sí misma: "Reina de La Argentina"

Después de lo dicho y visto, no cabe duda de que son los ojos el exponente fiel del estado de nuestro ser físico y moral, y el sentido que nos vincula en forma más amplia e íntima, con nuestros semejantes y con el universo en general, ya sea para recoger sus manifestaciones de grandiosidad y belleza, como para poner de manifiesto nuestras sensaciones corporales y espirituales; y entre éstas, no menos bella, la gama infinita de nuestras emociones y pasiones, que se extienden desde el tono sombrío de las más bajas y abyectas, hasta las más elevadas y puras como el heroísmo y el amor, que nos aproximan a Dios.

Según Byron, "las tres cosas más bellas de la Naturaleza son las estrellas, las flores y los ojos". Pero gracias a los ojos hay flores y hay estrellas.

J. M. ALBARENQUE

"El Aduar", Julio de 1934.